



EL HOMBRE QUE LLEGÓ A TIEMPO

POR SOL ALIVERTI. ILUSTRACIÓN DE LUIS LIENDO.

¿Puede un cantante que vive en Detroit, una ciudad estallada del Imperio, convertirse en el artista más influyente en Sudáfrica sin siquiera enterarse? Mucho antes que Internet y las redes sociales globalizaran las consagraciones, Sixto Rodríguez llegó a ser la voz de una generación contra el Apartheid. Y lo supo tres décadas después, justo cuando debía ser.



Existe una ciudad al oeste de los Estados Unidos llamada Detroit. Si uno la quiere pronunciar, la e se convierte en i, la lengua golpea el paladar, la r suena como empantanada. Uno dice: Ditroit. Esa ciudad parece salida de una ficción apocalíptica: en menos de 60 años, la mitad de su población emigró. Hay más de 78 mil edificios vacíos, la mitad de la ciudad está a oscuras por falta de alumbrado público y un tercio de las ambulancias no funciona. Si a eso se suma el crimen en las calles, diríamos que se trata de un suelo en estado de sitio donde sólo pueden quedarse los locos y desgraciados. En esa ciudad nació Sixto Rodríguez. Sobre él cuenta esta historia.

DONDE TODO PARECÍA TERMINAR

Al comienzo fue Sixto Rodríguez, llamado así por ser el sexto hijo de una pareja de inmigrantes mexicanos llegados a Estados Unidos en la década del 20. Nació en 1942. De la primera parte de su vida se sabe poco: que creció, que se hizo poeta y músico. Escribió canciones, tocó en bares grises de espaldas al público. Grabó un simple en 1967. Luego vino un LP en 1970, llamado *Cold Fact*. Y *Coming For Reality* llegó en 1971. Todos en sellos chicos de la ciudad. Quienes lo contrataron coincidían: Rodríguez será grande, la voz de su generación, el poeta urbano, otra voz heroica en la época heroica de los músicos universales, algo así como un nuevo Bob Dylan.

Sólo que nada de eso sucedió: en 1975, la compañía discográfica Sussex lo despidió una semana antes de Navidad, volviendo premonitoria la canción más triste de uno de sus discos: la historia de un hombre sin nada, que se encontraba en la calle para esa fecha cargada de pollo relleno y patetismo lírico. Sixto Rodríguez tuvo tres hijas y dejó de componer. Los siguientes 30 años los pasó trabajando como obrero de la construcción. Nunca más volvió a tocar una guitarra. Sin lamentos: siguió viviendo.

Pero allí donde todo parecía terminar fue donde comenzó a operar el azar con su maquinaria misteriosa. El artista sin saberlo había lanzado una flecha que no se perdería en el aire, que encontraría su blanco al otro lado del océano con esa precisión despreocupada y ágil de las cosas verdaderas.

ALETEO Y HURACANES

Dicen que en 1971 una joven partió a Sudáfrica con una copia del disco *Cold Fact*. Se la mostró a un amigo y empezaron a hacerse copias clandestinas. Eran los años del apartheid, tiempos en los que nadie pagaba derechos de autor. Los sellos sudafricanos decidieron reeditar *Cold Fact*. Y así como el aleteo de la mariposa produce huracanes a lo lejos, las canciones del trovador de la ciudad menos próspera del Imperio terminaron por convertirse en himnos de las libertades civiles en Sudáfrica, con más de 500 mil copias vendidas.

No había sudafricano progre que no tuviera en su casa el vinilo de Rodríguez. No había nadie que no supiera aunque sea tararear alguna canción de él. Todo era rumores acerca de su paradero. Se decía que se había suicidado prendiéndose fuego a lo bonzo, o que se había pegado un tiro, ambas cosas en escena. Nadie sabía qué había sido de la vida de aquel cantautor norteamericano. Mientras tanto, en Detroit, Sixto Rodríguez levantaba paredes, y criaba hijas. Nada sabía de lo que pasaba con su obra al otro lado del océano.

Fue en 1991 que dos admiradores sudafricanos de Sixto, el musicólogo Stephen Segerman y el periodista Craig Strydom, se preguntaron qué había pasado con él, justo cuando en Sudáfrica volvían a reeditarse sus discos. No había noticias, ni un solo dato. Todo lo bueno que podía esperarse de unas canciones ofrendadas al mundo sin la ayuda de Internet, ya había ocurrido. Eran otras épocas: aún era posible el misterio. Lo más seguro es que estuviera muerto.

Luego, en 1998, Strydom puso en la web la imagen de una caja de leche con una leyenda: "Buscando a Jesús", porque lo conocían sólo por ese nombre, el que figuraba en los créditos de sus discos, y por la foto en la tapa de un hombre con anteojos y el pelo oscuro. "¿Ha visto a este hombre?" preguntaba la cajita. Desde otro continente, Eva, una de sus hijas, respondió al mensaje: "Yo conozco a ese hombre, ese hombre es mi padre". A casi tres décadas del primer disco de Rodríguez, comenzaba el trabajo para concretar la llegada a Sudáfrica del hombre que en ese país era considerado más grande que Elvis Presley. Así fue como el artista supo lo que había pasado con sus canciones en ese otro extremo del planeta, tan lejos de la ciudad de las ambulancias rotas y la oscuridad del alumbrado público. Un cristo al que resucitar le llevó 30 años.

TUVO TRES HIJAS Y DEJÓ DE COMPONER. LOS SIGUIENTES 30 AÑOS LOS PASÓ TRABAJANDO COMO OBRERO DE LA CONSTRUCCIÓN. NUNCA MÁS VOLVIÓ A TOCAR UNA GUITARRA. SIN LAMENTOS: SIGUIÓ VIVIENDO.

SUS CANCIONES TERMINARON POR CONVERTIRSE EN HIMNOS DE LAS LIBERTADES CIVILES EN SUDÁFRICA, CON MÁS DE 500 MIL COPIAS VENDIDAS. NO HABÍA SUDAFRICANO PROGRE QUE NO TUVIERA EL VINILO DE RODRÍGUEZ.



VIVO LO MISMO

En 1998, Segerman y Strydom invitaron a Rodríguez, también llamado Sugar Man por una de sus creaciones más famosas, a girar por Sudáfrica. Rodríguez pensó que tocaría en bares, que sólo irían a verlo algunos. Llegó con sus hijas, guitarra al hombro, y al bajar del avión esquivó unas limusinas preguntándose quién sería el potentado. Las limusinas eran para él y no había ningún bar lúgubre como los de Detroit. Hizo seis recitales en los cuales lo vieron cerca de 30 mil personas que cantaron y agradecieron el advenimiento. Lo que demuestra que el mundo ya era esta pequeña comarca de gente esperando encontrar poesía, tratando de discernir lo verdadero. "*Gracias por mantenerme vivo*", dijo en su primer show, tan tranquilo como si hubiera sabido que eso pasaba, que eso pasaría y que aunque no pasara, él seguiría vivo lo mismo.

A los medios sudafricanos les ganó la incredulidad. ¿Es verdad que está vivo? ¿Es realmente él? La maravilla siempre sucede después del misterio. Imaginar, sólo imaginar: ahí estaba Rodríguez, el albañil que levantaba paredes en la ciudad de los edificios vacíos, allí donde las palabras éxito, fama y gloria son cáscaras sin contenido, términos exquisitos de algún otro dialecto, donde todos se van suponiendo que la vida siempre, siempre sucede en otra parte. Imaginar que palabras como éxito, fama o gloria siguen siendo cáscaras vacías para Sixto Rodríguez, que disfruta como una cenicienta por haber dicho a tiempo lo que tenía que decir y eso fue todo, amigos.

Si hay algo que tiene esta historia es un largo epílogo. O quizás la extensión de ese epílogo sea lo que da sentido a la hazaña. Después de los recitales, algunas cosas cambiaron: uno de los grandes admiradores que lo resucitó se casó con su hija Eva, los fans cantaron felices, los discos se siguieron editando. Pero Rodríguez volvió a su casa en Detroit, a la misma vida, la de antes. Sin lamentos.

EN CALMA

Catorce años después, en 2012, el periodista sueco Malik Bendjelloul estrenó el documental *Searching for Sugar Man*, que ganó un Oscar. Rodríguez volvió del silencio al encuentro con el mundo manteniendo su calma monacal. El filme muestra su vida contada por los que lo conocieron, quienes que insistían en que debía ser reconocido, los que todavía se preguntaban por qué nadie lo había valorado en los Estados Unidos.

A Sixto se lo escucha como salido de un tocadiscos mágico encontrado en el lugar más inhóspito de la tierra: *"Sugar man, won't you hurry, 'cos i'm tired of these scene"*. Luego abre la ventana en el frío invierno de Detroit y mira o parece que mira a la cámara con unos anteojos negros. Algunas veces lo muestran caminando entre la nieve y se muestra y parece incómodo o incrédulo ante las preguntas del periodista. Sixto parece sospechar que debe jugar un rol desenvuelto, pero se ríe y apenas habla. El documentalista quiere traerle la buena nueva. Quiere decirle que es importante, que es más grande que Elvis, que por fin llegó a su vida el reconocimiento, eso que justifica una existencia.

En un plano en donde sólo se ve la cara de Rodríguez, la voz de Bendjelloul insiste. Le pregunta –¿con morbo, con curiosidad, con liviandad, con desapego?– cómo se sintió al enterarse de que su vida podría haber sido mejor en el caso de saber que en Sudáfrica su obra era un himno contra el apartheid. Rodríguez sonríe un poco detrás de los anteojos oscuros. Desde el frío de una ciudad en bancarrota, apoya la cara sobre una mano y con una voz que apenas se oye, contesta:

"¿Y cómo podemos saberlo?" 🎧

IMAGINAR QUE PALABRAS
COMO ÉXITO, FAMA O GLORIA
SIGUEN SIENDO CÁSCARAS
VACÍAS PARA ÉL, QUE
DISFRUTA COMO UNA
CENICIENTA POR HABER DICHO
A TIEMPO LO QUE TENÍA QUE
DECIR.

24



TRIPLEDOBLEVÉ
www.sugarman.org